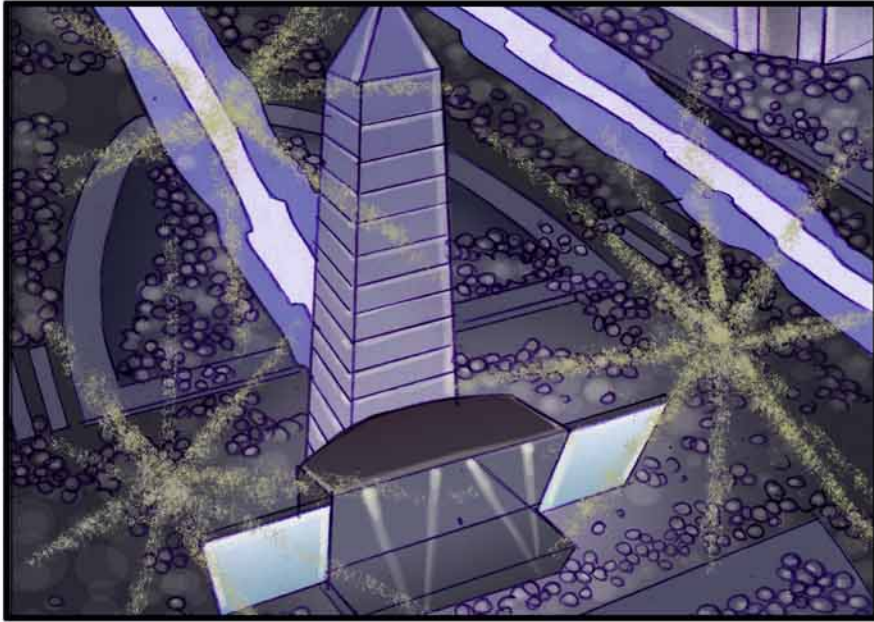












¡POR FAVOR, UNA FILA! ¡HAY LUGAR PARA TODOS! ¡UNA FILA!



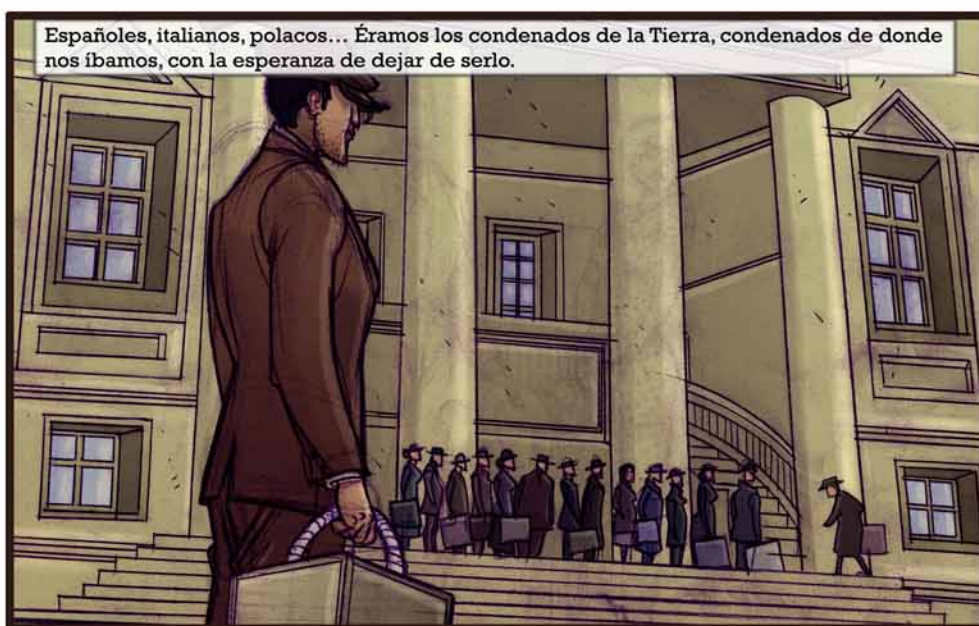
Tengo miedo... Tengo miedo de que un día la vejez me impida contar esta historia. Que alguna noche la sonrisa de mi pequeño hijo se haga luz en medio de la noche y de su boca salga la frase: ¿Papá, cómo llegaste hasta aquí?



Esa mañana fría Buenos Aires me devoraba. Nunca había visto una ciudad tan imponente en mis cortos 20 años.

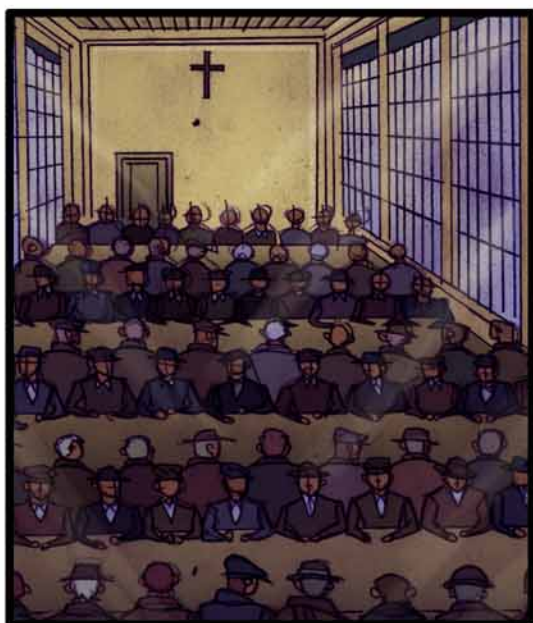


Mi primer recuerdo es el olor de todos nosotros mientras la carreta marchaba. El olor que teníamos era todavía el de aquel barco que había zarpado de Europa.



Espanoles, italianos, polacos... Éramos los condenados de la Tierra, condenados de donde nos íbamos, con la esperanza de dejar de serlo.

El Hotel de Inmigrantes fue mi primera parada en la ciudad. Te daban cinco días de hospedaje, comida y una revisión médica.



DISCULPA... ¿CUANTO
HACE QUE NO COMES?



DESDE AYER A
LA MAÑANA.



SE NOTA. YO NO VOY A COMER MÁS...
¿QUIERES UN POCO DE LO MIO?

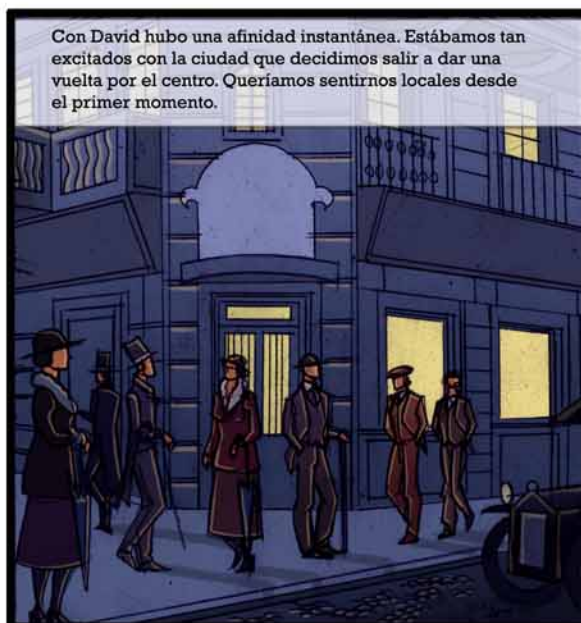
BUENO, GRACIAS.

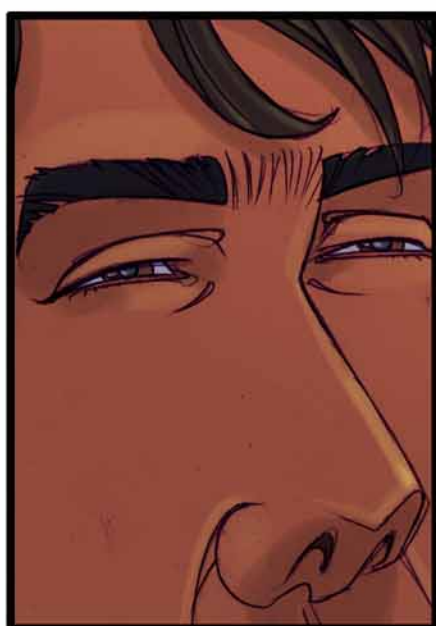


DAVID PONCELA, LLEGADO
AYER DE BARCELONA.

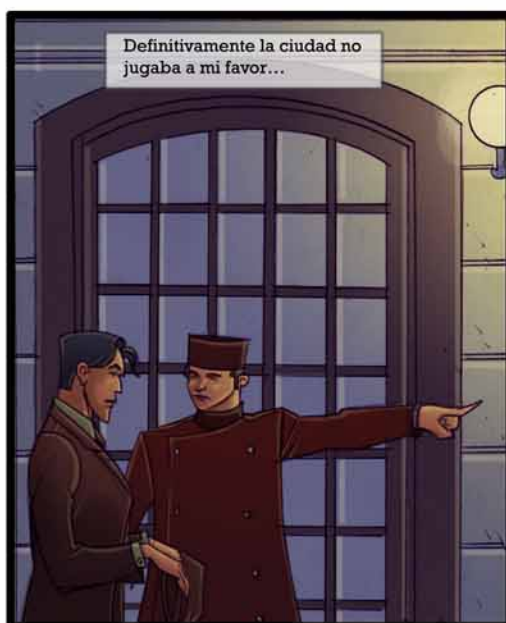
PEDRO GONZA... PERDÓN, VALENCIA.
LLEGADO HACE UNAS HORAS.









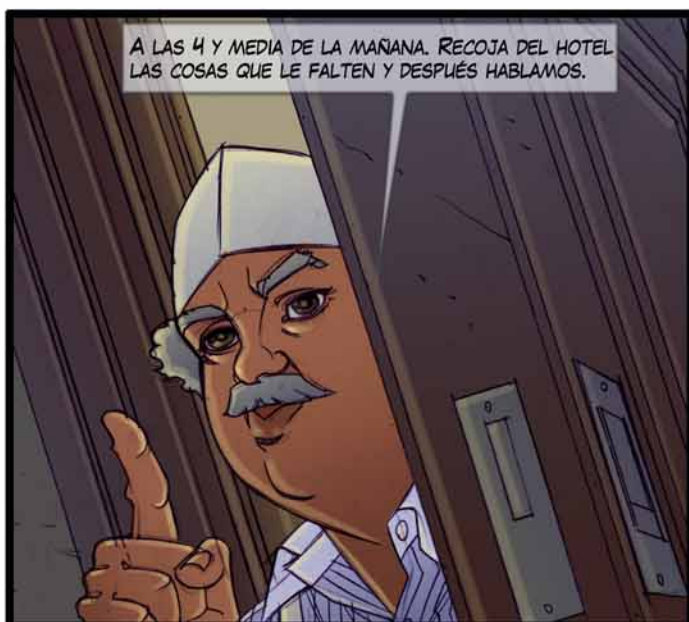


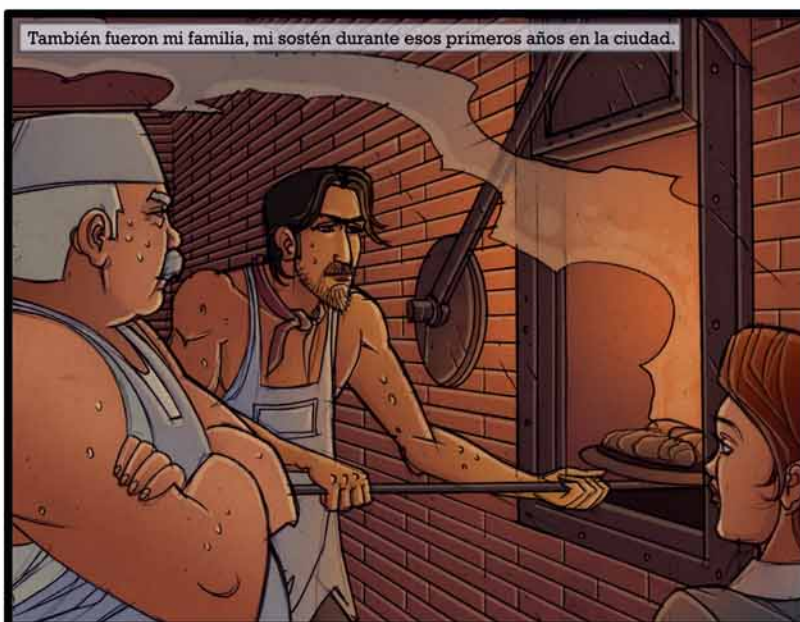






No sé si fue que se sintió identificado con mi historia o le di lástima. No sé...







Lo más interesante de mi nuevo trabajo era poder reencontrarme con mi identidad. En ese momento me di cuenta de que había estado demasiado tiempo lejos de mis raíces.



En el bar había mucha buena gente a la que la comunidad acudía en caso de tener algún problema laboral o de papeles. Así fue como llegué allí.



"La Castellana" era una pequeña España sobre Avenida de Mayo. En sus mesas podías encontrar ladrones, gente de dinero, artistas, periodistas... Había de todo un poco.



Trabajé y me divertí como nunca.



Pero desgraciadamente lo bueno dura poco.



Malos manejos y la crisis del país terminaron fundiendo el bar, y con todos los empleados en la calle.





Con unos pocos ahorros que me quedaban me fui a vivir a una pensión del barrio de Pompeya.

¡EH, VALENCIA!



¡DAVID!



¡TANTO TIEMPO! ¿CÓMO VA TODO?

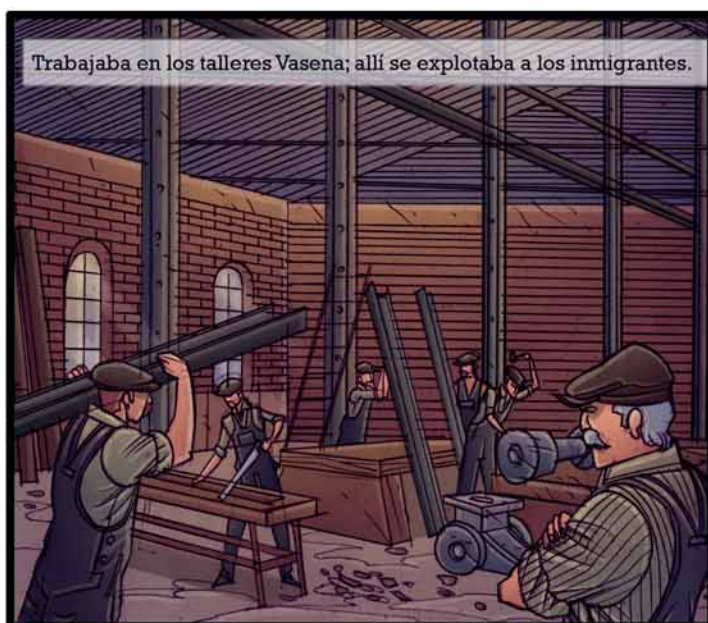
ACÁ ANDAMOS... TODAVÍA VIVO.



VOLVISTE A LA CIUDAD.

SI, ALLÁ ES PEOR... ACÁ TAMPOCO ES UN PARAÍSO.

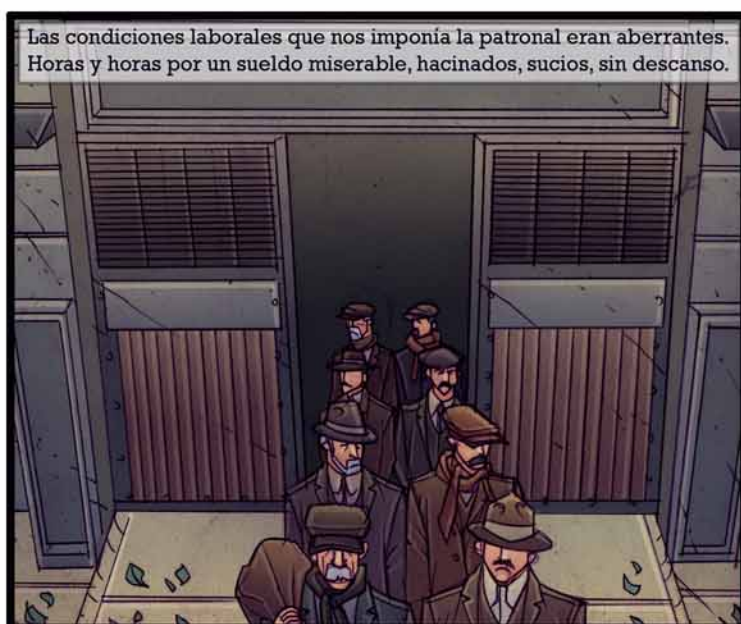
La vida de David en el campo no había sido demasiado feliz. Ahora estaba en Buenos Aires juntando plata para volver a España.



Trabajaba en los talleres Vasena; allí se explotaba a los inmigrantes.



Unos días después ya estaba en la fábrica como tantos otros: españoles, italianos, polacos...



Las condiciones laborales que nos imponía la patronal eran aberrantes. Horas y horas por un sueldo miserable, hacinados, sucios, sin descanso.

En diciembre del 18 declaramos una huelga. No podíamos seguir así.



El poder que tenían los dueños de los talleres era tan grande que la policía entraba a las casas para obligarnos a trabajar.



A pesar de todas las maniobras mafiosas que intentaron realizar, la huelga fue un éxito.



Pero el clima en la fábrica se puso más tenso.

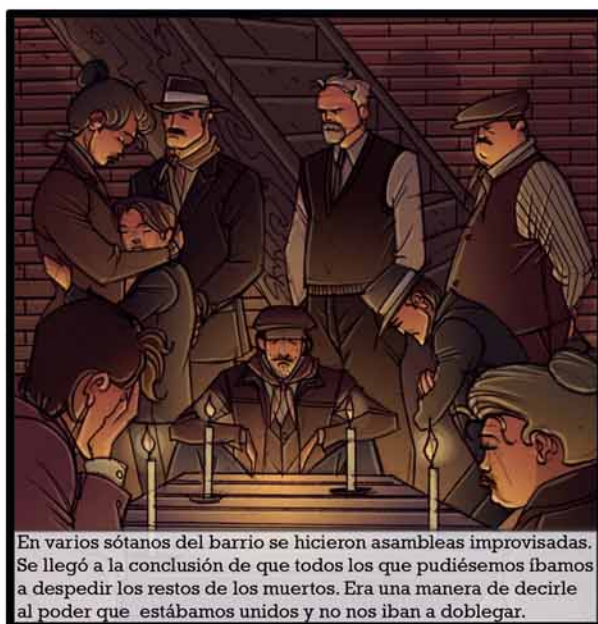
El 5 de enero, en un enfrentamiento entre la policía y los obreros, murió un oficial.



Nunca se supo quién fue. La policía lo adjudicaba a un trabajador que pertenecía al Partido Socialista, pero las pruebas no eran suficientes.

Ese hecho fue el inicio de lo que siempre recordaré como "la batalla de Nueva Pompeya".





El 9 de enero se declaró una huelga general. Todos los gremios la acataron. Fuimos a despedir los restos de los caídos. Se calculaba que había aproximadamente 50.000 personas.

SOCIEDAD DE RESISTENCIA DE METALÚRGICOS UNIDOS



En esos días pensaba si en realidad David no tenía razón, si no era mejor volver...



Cuando llegamos a los talleres lo inevitable sucedió. La gente desató su furia contra la fábrica. Adentro, los rompehuelgas trabajaban.



Era una lucha desigual, ellos tenían las armas, nosotros solo la voluntad.



Nadie se reintegró al trabajo al día siguiente. Las pujas entre la patronal, el gobierno y los obreros eran complejas y pasó un tiempo hasta que todos se pusieron de acuerdo. "No queremos ser Rusia", decían los jefes de la fábrica.







